

Una de las muchas lecturas del libro ‘Rethinking Puerto Rican Precolonial History’, del doctor Reniel Rodríguez Ramos*

Jaime R. PAGÁN JIMÉNEZ

EK, Consultores en Arqueología (Puerto Rico)

E-mail: jpaganpr@yahoo.com

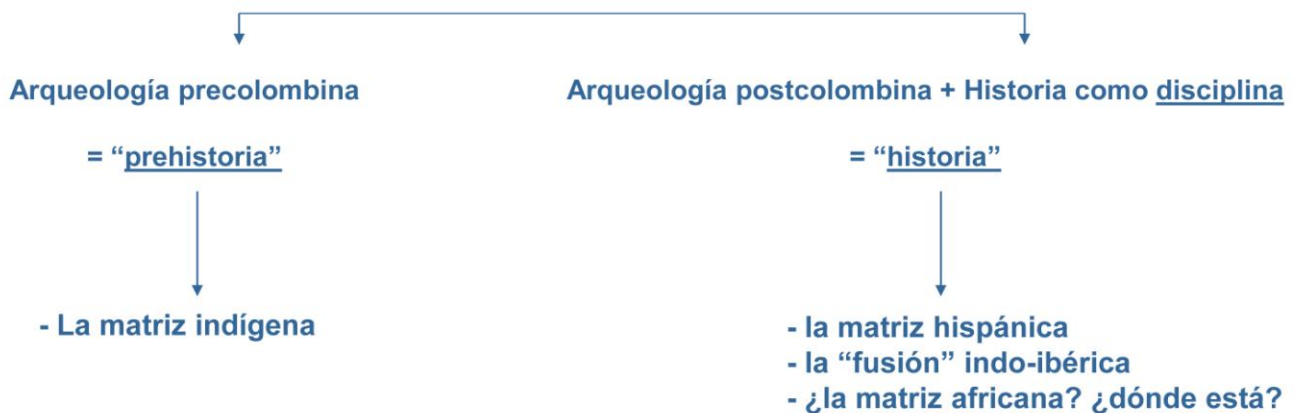
Como algunos de ustedes saben, y esto es algo que conversáramos hace algunos días el amigo rector Miguel Rodríguez y yo, la arqueología en Puerto Rico se ha caracterizado por ser una disciplina autocontenida; ensimismada en sus particularidades y problemas locales, aunque internamente (en Puerto Rico) se quiera proyectar como “transfronteriza” en el escenario antillano. Y es que no ha sido difícil hacer o practicar la arqueología con este proceder tan dicotómico, pues es muy cierto que la riqueza patrimonial de nuestro estrato cultural más antiguo —el indígena— es impactante, ampliamente diversa y temporalmente profunda.

Desde antes de este presente que vivimos, nuestro quehacer como arqueólogos en Puerto Rico —o lo que hemos producido desde hace décadas desde una óptica “arqueológica” — ha tenido la fortuna de trascender hacia algunas islas vecinas y más allá gracias, en gran parte, a la naturaleza misma de nuestro imponente patrimonio arqueológico: hablo de la majestuosidad de éste, de su particularidad y, hasta cierto punto, de su misterio que llama la atención de nuestros vecinos antillanos y continentales. En este contexto, he aquí el primer gran acierto de la obra de mi colega el doctor Reniel Rodríguez Ramos. Valiéndose de la gran cantidad de información ar-

queológica que ha podido generarse en las últimas décadas no solo en nuestra isla, sino en otras vecinas y en el Circum-Caribe continental, Reniel pudo ser capaz —como ningún otro u otra en Puerto Rico, y me atrevo a decir más allá de nuestras fronteras— de reunirla brillantemente para desvelar la complejidad de los procesos socioculturales “enmarañados” alrededor y dentro de nuestra formación histórica en las islas. No se dedica este fino trabajo a recopilar y a despepitar información de todos los periodos precoloniales conocidos hasta el presente, como ha sido la costumbre en nuestro campo. Reniel construye una historia antigua borincana realmente humana, coherente —*socializante* si se puede usar un concepto como éste— y no un mero recuento de cambios en los patrones decorativos de vasijas y otros objetos que se ha caracterizado casi siempre por enajenar de la historia al elemento revelador que es el ser humano mismo. Esto último ha sido, desde siempre y con muy contadas excepciones, el hilo conductor de la arqueología en Puerto Rico y del paradigma rouseiano, si es que nos gusta poner nombres raros a los distintos periodos del desarrollo de la arqueología como disciplina en Puerto Rico y las Antillas. Vasta con hacer cualquier búsqueda en las obras arqueológicas producidas en Puerto Rico y se sorprenderá el indagador de lo arcillosas, inamovibles e inhumanas que han sido muchas de las interpretaciones previas que se han hecho sobre nuestro pasado precolonial.

* Presentado por Jaime R. Pagán Jiménez el sábado, 21 de mayo de 2011 en el Aula Magna del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, en San Juan, Puerto Rico.

En Puerto Rico:



La historia “oficial” de Puerto Rico (nuestra historia como pueblo):

¿quinientos y pico de años?

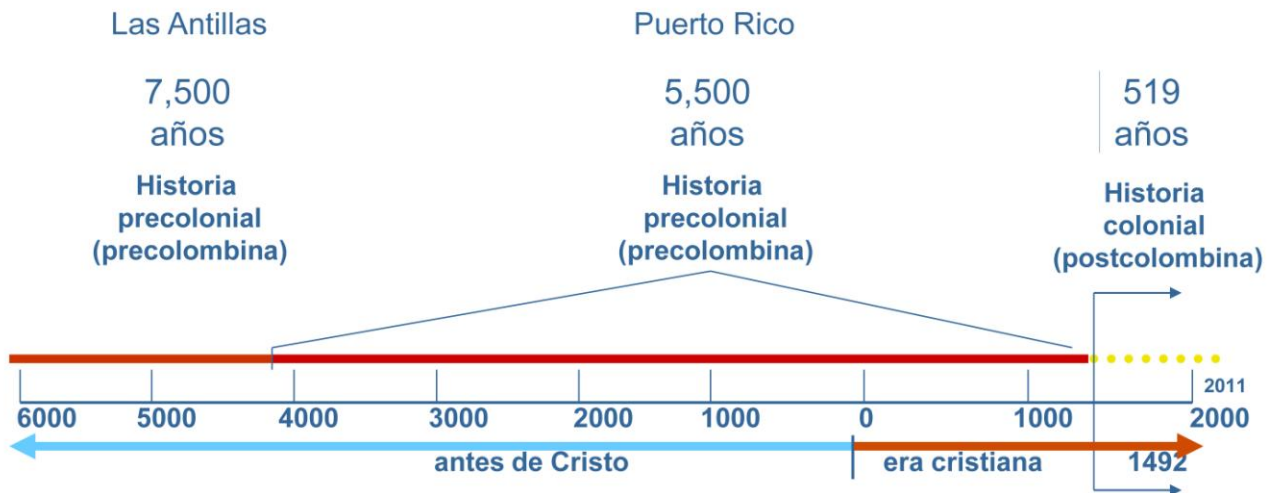
¿nada más?

Sin dejar de reconocer las importantes aportaciones de notables colegas que nos antecedieron, como son los casos del doctor Luis Chanlatte, Yvonne Narganes y otros más, debo decir, de entrada, que al generar este libro Reniel no solo “repiensa, medita o reflexiona” sobre la historia precolonial puertorriqueña como aduce el título de la obra que presentamos. Reniel literalmente deconstruye, desmonta, tritura la estructura misma de lo que había sido hasta ahora la historia de nuestro proceso histórico precolonial, para elaborar —con un equipo ágil y fresco de herramientas teóricas, interpretativas y metodológicas— una nueva historia; o una nueva forma de pensar y practicar nuestra arqueología. Me tomo el atrevimiento de bautizar en castellano, al libro que hoy comentamos, con el siguiente título: “Reconstrucción de la historia precolonial puertorriqueña”. Veremos, de aquí en adelante, por qué me he tomado la libertad de entender así la obra de mi amigo Reniel. Y, de hecho, se tiene que ir pensando desde ya en la traducción y publicación de esta importante obra en nuestra lengua, pues más allá de nosotros los que estamos directamente vinculados a la arqueología en el ámbito académ-

mico y profesional, es nuestra gente, ese mundo social diverso que nos rodea y nos arropa, quien necesita alimentar su memoria y autoestima con sus antecedentes culturales tan ricos y profundos enraizados en lo que hoy llamamos Puerto Rico y las Antillas.

La historia de nosotros en esta tierra, en los límites de este archipiélago (Puerto Rico), comenzó hace más de 6000 años. Muchos sabíamos que antes de la irrupción europea a esta parte del mundo había sociedades y culturas en ésta y en las otras islas antillanas. Incluso, algunos sabíamos desde pequeños, que la vida humana en las islas había iniciado tantos milenios antes del presente. Pero para la historia oficial que nos enseñaron y todavía nos enseñan en las escuelas y universidades, la “verdadera” historia de Puerto Rico inició con la conquista y colonización europea; o sea, hace quinientos y pico de años. Para rematar la historia precolonial que nos han dicho que no es historia, se logró crear la impresión, generación tras generación de puertorriqueños, de que aquí solo había manifestaciones humanas simples al comparárselas con aquella magnificencia europea. Fue así como nuestra historia antigua quedó

La puertorriqueñidad, su formación histórica en el tiempo...



relegada a algo así como la “prehistoria”; a esa fase del desarrollo humano totalmente desvinculada del “auténtico” progreso y que no era capaz de registrarse; de generar seres humanos capaces de autodocumentarse o de, al menos, ordenar gran parte de sus vidas y organizaciones sociales por medio de codificaciones gráficas y sistemáticas que conocemos con el nombre de escritura. Para que se tenga una idea de la profundidad temporal a la que alude el colega Reniel en su obra, es decir, a la historia precolonial total de nuestra isla y a la gran cantidad de procesos que tuvieron lugar aquí, muestro adelante un sencillo esquema cronológico de lo que ha sido el surgimiento y desarrollo de nuestra propia puertorriqueñidad.

¡Dense cuenta de todo lo que nos han querido arrebatarnos de nuestra historia! Estos y otros aspectos que constituyen el armazón teórico y punto de partida de la obra de Reniel deben ser escudriñados tranquila y concienzudamente en los capítulos 1 y 2 de la obra que presentamos, titulados “Introducción” e “Historia cultural: hacia una perspectiva renovada” respectivamente, ya que evidentemente peco por simplista ante el genial manejo de la información que se estilaba en dichos capítulos. Más aspectos fundamentales de la obra, realmente fundamentales, y que se construyen en la introducción del libro para reflejarse a lo largo del escrito, son por ejemplo la posición en la que

el autor se sitúa respecto al contexto sociopolítico de la producción misma de conocimientos. ¿Desde dónde se ejerce la arqueología? ¿Quiénes la ejercen? ¿Cómo la ejercen o la practican y para qué? Trataré de retomar estos aspectos al final de la presentación.

De lo que llamábamos el periodo arcaico, ahora conocido como el mundo prearahuaco

Las vidas de nuestros más antiguos ancestros en Puerto Rico, y en otras islas antillanas, no eran primitivas, simples o de bajo nivel sociocultural. Toda la evidencia producida por el propio Reniel, sumado a un gran cúmulo de información arqueológica previamente revelado por muchos otros², aunque retomado, reinterpretado y revalorado en esta obra, da cuentas del origen de un gran número de rasgos culturales (del orden material y simbólico) que no desaparecieron en el tiempo; todo lo contrario, se gestaron y luego se preservaron recetas alimenticias como el uso del marunguey (*Zamia* sp.), mientras se introdujeron y posiblemente se modificaron otras provenientes de

² El autor presenta detalladamente su metodología, fundamentada en una base de datos de más de 500 fechados radiocarbónicos y en el estudio de los objetos de piedra que es su especialidad “técnica”, en el capítulo 3 titulado: “El método, la muestra y los contextos”.

espacios lejanos en el continente y fundamentadas en el maíz, la yuca, la batata y más plantas domésticas; también se introdujeron desde otros confines animales exóticos como la conocida jutía (al menos dos especies) para ser utilizadas en la alimentación; se importaron y exportaron materias primas (piedras) en un circuito de interacciones dentro de las islas y más allá, por no mencionar muchos otros procesos y elementos entre los que no puedo dejar de señalar el surgimiento de los famosos cemíes de tres puntas o trigonolitos y la elaboración de cerámica con diseños casi idénticos a los utilizados 3000 años después por los pueblos tardíos de las Antillas.

Lo anterior, comunicado aquí de manera muy resumida y simple, nos remite a un mundo prearahuaco (“arcaico”) totalmente distinto al que nos han enseñado sobre nuestros más antiguos ancestros. Dichos elementos, y las interpretaciones noveles que ofrece Reniel en su obra, deben ser estudiados con el detalle que él ofrece concretamente en el capítulo 4 que titula: “*El descubrimiento de Puerto Rico y los modos de vida de sus habitantes más antiguos*” pues nada más nuestro algunos de los elementos que le permitieron al autor proponer con gran fuerza otras regiones de origen de nuestros primeros pobladores, los verdaderos descubridores de esta tierra que llamamos Puerto Rico.

¿Venezuela? ¿Península de Yucatán? ¿Península de la Florida? Son estas tres regiones las clásicas fuentes de grupos humanos hacia las Antillas según nuestra historia oficial. Pero aunque antes se habían planteado someramente otras alternativas, como es el área Istmo Colombiana, todo un nuevo conjunto de información se confabuló con Reniel para ofrecernos esta alternativa no solo como una posibilidad, sino también como una aparente realidad en la cual se concatenan muchas más evidencias que aquellas originalmente planteadas para las otras regiones mencionadas. En este nuevo escenario prearahuaco notemos que algo único aconteció en el Caribe y Reniel, en su libro, ofrece todos los elementos que permiten degustar la grandeza de tal evento. Al poder establecerse con gran fuerza, y desde la arqueología, el desplazamiento de grupos humanos desde la región Istmo-Colombiana hacia las Antillas —pero particularmente hacia Puerto Rico y la

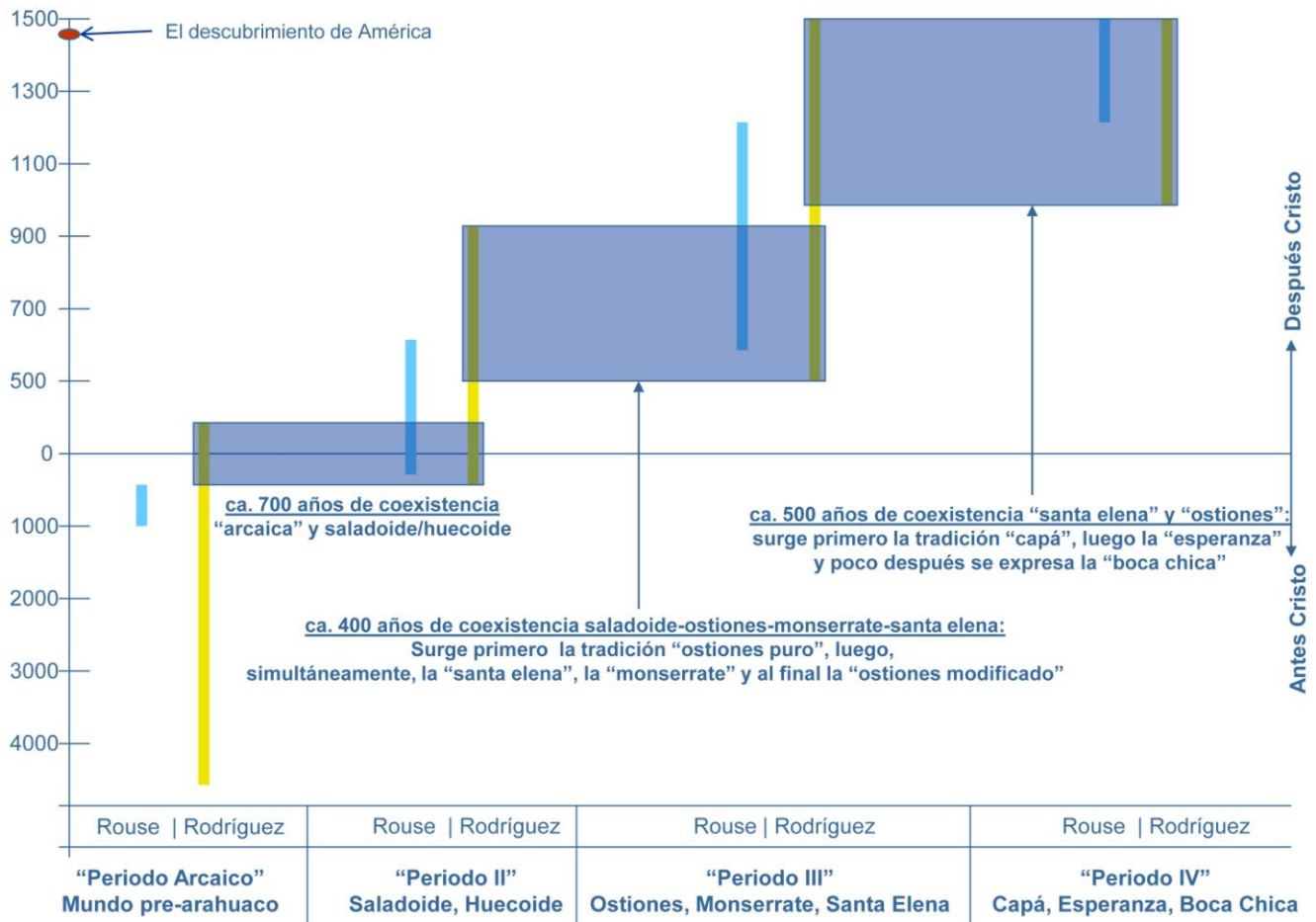
Española hace poco más de 4500 años—, la primera y más arriesgada travesía marítima tuvo lugar en el Nuevo Mundo y fue nuestro territorio, esta isleta que llamamos Puerto Rico, una de sus protagonistas.

La pervivencia de los elementos mostrados anteriormente dentro del entramado prearahuaco puede denominarse aquí como el gran “núcleo duro” de las culturas de un buen número de pueblos precoloniales de Puerto Rico y otras islas antillanas; un núcleo que, sin ser totalmente impenetrable o inmutable, pudo resistir el embate del tiempo para mostrarnos hoy, en pleno siglo XXI que aún guardamos y convivimos con algunos trazos del mundo ideacional que se gestó hace cerca de 6000 años atrás. Sobre la pervivencia de los llamados grupos “arcaicos”, que ahora designa Reniel como pueblos prearahuacos, Don Luis Chanlatte y otros nos dieron antes algunas pistas importantes sobre todo lo antedicho; sin embargo Reniel pudo engranar nítidamente uno y otro episodio o actividad humana de ese pasado más remoto para hacerlo inteligible, innegable a partir de ahora.

Ir, venir e interactuar: fluidez y consolidación de nuestras identidades precoloniales

“El problema de la Hueca”, es como se ha conocido históricamente a uno de los debates más acalorados de la arqueología caribeña; esencialmente un choque entre dos trenes. En una dirección se encontraba el *establishment* o *la élite* de la arqueología caribeña (es decir, múltiples universidades estadounidenses, europeas y algunos agentes locales) que se dogmatizó en la historia antigua que nos elaboró y ordenó el arqueólogo estadounidense Irving Rouse por más de 60 años. En la dirección contraria, se situaba el Centro de Investigaciones Arqueológicas de la UPR-Río Piedras, concretamente el Dr. Luis Chanlatte y su colega la arqueozoóloga Yvonne Narganes. Estos últimos identificaron, a finales de la década de 1970, el asentamiento humano de una cultura distinta a las conocidas, algo nunca antes visto en la arqueología antillana y que correctamente la denominaron una nueva cultura aborígen (Cultura la Hueca). El *establishment* de la disciplina, con su escenario y guión ya ensamblado y perfecta-

Desarrollos culturales precoloniales en el tiempo: Puerto Rico



mente sincronizado desde hacía años, sencillamente no quiso aceptar otro actor más en su obra, a otra cultura, porque se descarrilaba el desenlace. Para hacer el cuento largo mucho más corto, quedó establecido el descubrimiento de una cultura que no encajaba por ningún lado en el modelo explicativo rouseiano y, aun cuando las evidencias y las interpretaciones reveladas por los arqueólogos Chanlatte y Narganes eran contundentes, el establishment no hizo los ajustes necesarios para que fuera integrada esta revelación en su modelo. Solo se limitó a colocar a los "Huecoides" como un aspecto temprano del llamado Saladoide insular diezmando así su rol en el entramado multicultural antillano de esa época. Lo importante aquí es saber que nuestros arqueólogos, sin tener que esperar ni desear que el establishment reconociera sus hallazgos y aportaciones, continuaron sus trabajos, y otros datos del sitio La Hueca reforzaron aún más su nuevo esquema crono-cultural para las Antillas, paralelo al

rouseiano. Emergieron desde antes y después otros sitios, en Humacao —y también el las islas de Saint Martin, Guadeloupe y Martinique— que proporcionaban un panorama más dinámico y diverso de la Cultura la Hueca aunque gran parte del debate que intentaba esclarecer este "problema" terminaba girando alrededor de las formas, las técnicas o las decoraciones de la cerámica o la lapidaria, así como en asuntos relacionados con la cronología de los sitios y contextos Huecoides y Saladoides conocidos. Otros elementos de la arqueología de estos grupos humanos eran traídos a discusión también, pero no con el mismo grado e intensidad que los asuntos de la cerámica.

Fue entonces cuando entró al debate Reniel y su experimentado y detallado estudio de objetos confeccionados en piedra. Partiendo de premisas teóricas y metodológicas nuevas, pudo generar una caracterización de los objetos líticos de las culturas en disputa para los arqueólogos y así empujar el debate del "problema de La Hueca" a

una nueva dimensión, gracias a lo altamente compleja y rica de la información producida. En esa faceta material de los Huecoide fue posible divisar, entre otras cosas, influencias directas de las sociedades prearahuacas que existían desde antes en las islas; fue posible particularizar las estrategias tecnológicas envueltas en la producción de hachas, majadores, raspadores y otros utensilios de piedra; fue posible comprender la magnitud de los procesos envueltos en la obtención de las materias primas necesarias en la elaboración del conjunto tan variado de objetos de piedra, lo que le permitió a Reniel mostrar que las diferencias entre Huecoides y Saladoide eran el resultado de las expresiones de dos tradiciones culturales distintas. Se sorprenderá el lector del libro al observar cómo desde la arqueología, y desde el estudio tan detallado de los objetos de piedra, es posible construir toda una trama de interacciones entre personas, entre comunidades, entre comunidades y regiones distantes como otras islas o el continente, a partir del revelamiento de los circuitos de intercambio de materias primas, de ideas y de creencias que se plasman en las formas de obtención y de elaboración de artefactos, así como en otros ámbitos incluyendo, claro está, el culinario.

Como comenté antes, mucho peso tuvo en el surgimiento de la cultura que conocemos como La Hueca, el conjunto de pueblos que desde hacía más de 3000 años vivían por aquí: los prearahuacos. La región Istmo-Colombiana, con la cual los pueblos prearahuacos estuvieron directamente vinculados y desde donde procedieron algunos de ellos, es precisamente la misma zona del continente, junto al noreste de las Antillas, la región en la cual se fraguó la manifestación cultural La Hueca, aunque ahora sí, divergiendo en esencia de lo postulado por Chanlatte, Narganes y otros. En este contexto queda por debatir, por lo menos entre mi colega Reniel y yo que ya comenzamos a disputar el asunto, si los Huecoide fueron grupos prearahuacos de las islas revestidos con nuevas ideas y materialidades en un contexto de cambios ideológicos en una escala pan-Caribeña, o si fueron el resultado del desplazamiento o inmigración de grupos netamente continentales hacia el noreste de las Antillas. Para mí por lo menos, el llamado “problema de La Hueca” originalmente plan-

teado estaba resuelto desde el mismo momento en que fue revelado el posterior análisis e interpretación de lo descubierto en el sitio Sorcé-La Hueca en la isla de Vieques. Ahora bien, es reconfortante y edificante el enfoque que maneja Reniel en su trabajo, porque impregna de dinamismo humano a todo este espacio de procesos sociales, culturales e ideológicos que permitieron a estos dos grupos culturales divergentes convivir en nuestras islas antillanas del norte, precisamente como preámbulo a la formación de eso que genéricamente llamamos el Taíno.

Desde las nuevas identidades precoloniales isleñas hasta las identidades neocoloniales contemporáneas: la necesidad de reescribir nuestros propios pasados

Con los ingredientes sobre la mesa —incluidos personas, islas y regiones continentales— no quedaba más que echarlo todo en el caldero para que se guisaran las nuevas identidades precoloniales boricuas. El origen diverso de eso que llamamos cotidianamente taíno encuentra cuestionamientos serios y profundos sobre lo que otros establecieron y nos enseñaron, cuando la lectura se vuelca en los capítulos 6, 7 y 8 de la obra presentada. El capítulo 6 se titula “*Diversificación horizontal en Puerto Rico-El forjamiento de nuevas identidades*”; el capítulo 7 “*La intensificación de la integración política regional*”; y el capítulo ocho (el último) “*Juntándolo todo*”. Los procesos culturales que entraron en juego, para de ahí configurar las nuevas identidades precoloniales en Puerto Rico, fueron mucho más complejos que las reacciones químicas casi infinitas que ocurren dentro de una olla al mezclar un buen número de ingredientes para confeccionar, digamos, un sancocho. Aun cuando este hecho pudiera parecer apabullante en el contexto de la generación de nuevos conocimientos desde la arqueología —ya que intentamos descifrar acciones sociales, culturales, procesos de interacción, eventos y espacios de acción— la realidad es que Reniel tuvo la capacidad de proponer un marco interpretativo que, al unirse a una base de datos con más de 500 fechados radiocarbónicos de decenas de sitios arqueológicos de Puerto Rico, posibilitó la identificación de muchos de esos ingredientes y procesos

en el devenir de la identidad precolonial boricua. Los objetos de piedra estudiados sistemáticamente por él, al unirse al conjunto de fechas tan amplio recopilado en su trabajo, facilitó esta tarea.

La obra aquí presentada, y concretamente el detallado análisis que desarrolla Reniel a partir del capítulo 6, desmonta con nuevos datos e interpretaciones la visión paradigmática de la arqueología caribeña que pretendió establecer como axioma que el desarrollo de las identidades isleñas ocurrieron a partir de un único ancestro: el Saladoide proveniente de la región de Venezuela. En otras palabras todos los desarrollos que surgieron dentro de nuestras islas después del arribo los grupos humanos de la tradición cultural Saladoide eran, para el modelo predominante, producto de la agencia civilizadora Saladoide y nada más. Y escuchen algunas de estas premisas del modelo en cuestión: primero arribaron a las islas, hace más de 6000 años, los llamados pueblos “arcaicos”; posteriormente, cercano al 500 AC arribaron los pobladores Saladoide (y Huecoide) y éstos desplazaron, exterminaron, asimilaron, o en el mejor de los casos “colonizaron” a los arcaicos que ahora conocemos como grupos prearahuacos. Ya en las islas, y debido a la gran variabilidad de los recursos naturales disponibles en los distintos espacios antillanos, los Saladoide evolucionaron, según el paradigma dominante, con distintos ritmos y de formas diversas, a lo que más tarde se fraguó como el Taíno de las Antillas. Aunque otros investigadores, como los doctores Ricardo Alegría en Puerto Rico, Marcio Veloz Maggiolo en República Dominicana y José María Guarch Delmonte en Cuba habían propuesto modelos alternativos sólidos para explicar el desarrollo de las nuevas identidades culturales a partir del llamado periodo agroceramista, sus voces y argumentos fueron sistemáticamente enajenadas de la narrativa impuesta por el establishment rouseiano en las Antillas. En Puerto Rico, al menos, las propuestas del doctor Alegría sí fueron atendidas dentro del sistema de educación como parte de la agenda del nacionalismo cultural promovida por el nuevo estatus político de la isla en la década de 1950. Sus ideas acerca del arribo de nuevas y sucesivas inmigraciones a las Antillas posteriores al Saladoide y que constituirían a la larga lo que fue el mundo Taíno, fueron integradas al discurso histórico local que se enarboló desde entonces.

El trabajo de Reniel muestra, distinto a todo lo establecido anteriormente y en consonancia con propuestas previas del Dr. Chanlatte, que los grupos prearahuacos y las tradiciones culturales Saladoide y Huecoide coexistieron e interactuaron de muchas formas en Puerto Rico por más de 700 años. Recordemos que no han pasado 518 años desde que los indígenas de Puerto Rico descubrieron a los conquistadores europeos. Y si miles y miles de cosas han sucedido en esos quinientos y pico de años, imagínense qué tantas cosas pudieron ocurrir a lo largo de 700 años de coexistencia e interacción entre estas tres entidades culturales. En el libro, Reniel genera un sinnúmero de escenarios, fundamentados con robustas evidencias arqueológicas, que facilita la comprensión de lo que comenzó a gestarse desde ese momento: por ahí se estaría configurando ya el mosaico Taíno. Cercano al 500 DC, más allá de los cambios en la cerámica que acaparan la atención de los arqueólogos, las aldeas Saladoide comenzaron a fisionarse como señala el autor, o a dividirse, a romperse, para configurar nuevos y numerosos asentamientos humanos que de manera sistemática iniciaron el poblamiento del interior de la isla. Desde este momento no hubo marcha atrás y nuevas conciencias, o nuevas formas de vivir el mundo isleño precolonial, tuvieron rienda suelta. Las tradiciones culturales Monserrate, Ostiones, Santa Elena, y después las conocidas como Capá y Esperanza, todas éstas divergentes y a la misma vez coincidentes en determinados momentos y espacios en nuestra historia revelan, desde el marco interpretativo expuesto por Reniel, que no hubo en Puerto Rico ni en otras islas, una evolución sucesiva y unilineal de nuevas identidades a partir de un único ancestro común (el Saladoide) como lo dictó el paradigma rouseiano. El vasto conjunto de fechados radiocarbónicos ahora sí es incuestionable y contundente: nuestras diversas ramificaciones culturales en la historia precolonial fueron mucho más dinámicas y activas, incluyentes más que excluyentes. Posiblemente desde la configuración de la tradición Saladoide tardío, nuevos arreglos políticos y nuevas formas de comprender el mundo, en lo que sería el ámbito de la evolución geopolítica de las islas y de Puerto Rico, comenzaron a forjarse y marcharon por el camino escabroso de la consolidación de

ideas y creencias en las escalas locales y regionales. Emergió, a la par con las nuevas identidades precoloniales de ese periodo que oscila entre el 400 y el 1000 DC, un conjunto cuasi unificador de elementos simbólicos plasmados en diversas materias primas que nos remite a la consolidación paulatina de una visión de mundo transcultural, pero con sabor antillano. La gestación de un nuevo discurso mítico y fundacional, sumado a la simbología y a las maneras de ser y de actuar de acuerdo con la narrativa aparentemente homogeneizante que pudo ser creada alrededor de lo que conocemos como la visión Taína del periodo de contacto indo-ibérico, pues, como creación humana al fin, se convierte así en un discurso o en un medio para comunicar e interactuar en un mundo isleño culturalmente diverso y en el cual existían muy probablemente distintas lenguas, a veces incomprensibles entre ellas, como lo señalan algunos cronistas europeos del periodo de contacto para el caso de La Española.

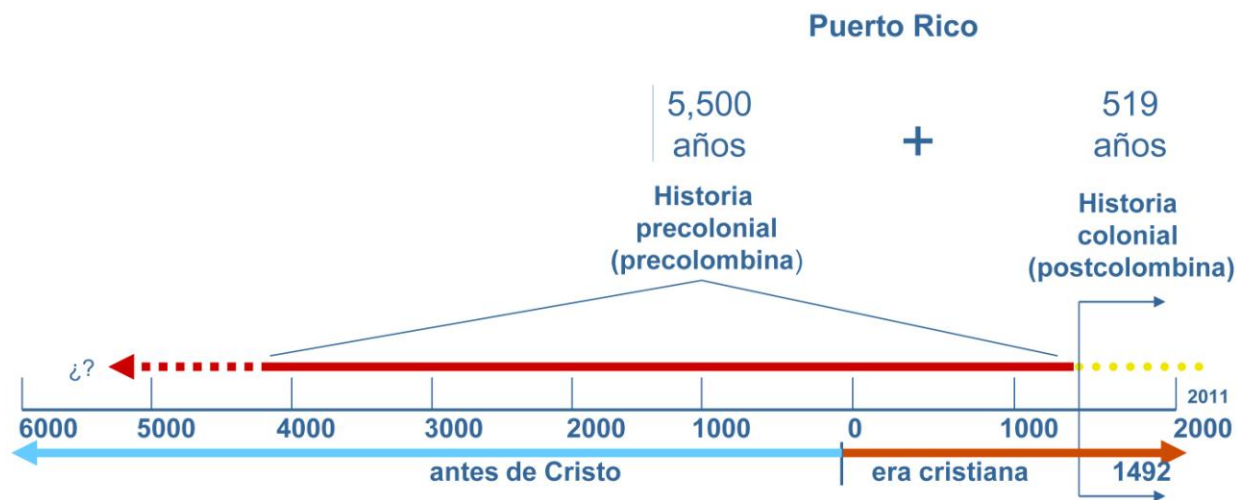
Y es así, aunque relatado y construido con gran responsabilidad y rigor académico, que Reniel nos lleva por toda la etapa final de la historia precolonial de Puerto Rico. Distinto a la clásica división que se hace de las historias y arqueologías antiguas, donde los procesos de cambio y evolución son arbitrariamente divididos en periodos y en eventos sucesivos, Reniel construye una historia precolonial multidimensional en la cual el espacio y el tiempo son constantemente remitidos a las expresiones culturales presentes para lograr, de esta forma, una mejor comprensión de la magnitud y de la importancia de las interacciones transculturales entre humanos, más que entre objetos como ha sido la costumbre en el análisis arqueológico. Fueron entonces dichas interacciones, complejas y no del todo comprendidas, las que produjeron lo que nosotros conocemos, solo parcialmente, como el Taíno en nuestra historia.

El Taíno no fue un grupo étnico en nuestro pasado. No existió una cultura Taína como la concebimos a partir de los textos de historia y arqueología clásicos. Tampoco es el Taíno un etnónimo; en fin, los pueblos indígenas de Puerto Rico y la Española, durante el periodo de contacto indo-ibérico no se llamaban a sí mismos Taínos. Surgió este concepto de una carta del doctor Diego Álvarez Chanca, compañero de Cristóbal

Colón, cuando se refirió a un evento muy específico que documentó en la isla de Guadalupe mientras indios cautivos de Boriquén —tengo entendido que eran mujeres— le manifestaron a Álvarez Chanca que ellos eran Taínos (que significa gente buena, prudente) quienes habían sido capturados por los llamados Caribes y llevados a esa isla según nos lo aclara el doctor José R. Oliver en su también importantísima obra *"Caciques and Cemí Idols"* publicada recientemente, en 2009. Acuñada inicialmente por el erudito Constantine Samuel Rafinesque en 1836, la palabra Taíno fue luego utilizada por el arqueólogo y etnólogo estadounidense Daniel Brinton en 1871 para referirse a una clasificación lingüística. Posteriormente, la palabra "Taíno" fue retomada por Jesse Walter Fewkes en el contexto cubano en 1904 y vuelve a ser reutilizada, aunque ya repetitivamente, por Mark Harrington en su libro *"Cuba Before Columbus"* (1921). Después de Fewkes y Harrington, el concepto Taíno fue utilizado insistentemente para caracterizar y, en cierto modo homogeneizar, a las culturas indígenas del periodo de contacto en las grandes Antillas.

Contrario al supuesto carácter pasivo y hospitalario del Taíno, según lo disemina nuestra historia oficial —la de Puerto Rico y también la de otras islas—, todos los elementos socioculturales que se unen para dar cierta coherencia a eso que conocemos como el Taíno se apegan más a lo que fue el surgimiento y consolidación de la ritualización del poder y al despliegue de prestigio por parte de sociedades precoloniales cada vez más jerarquizadas. Revisen el libro del amigo Reniel para que puedan darse cuenta de todos aquellos aspectos materiales, espaciales y simbólicos envueltos en estos procesos. El manejo, más la distribución espacial y temporal de símbolos en la cerámica, en las piedras y en otros materiales, al sumarse a la confección de elaborados petroglifos y pictografías y a la delimitación de espacios (e.g., plazas, bateyes) para el despliegue del poder mediante el uso de símbolos, sirven para confirmar que nuestras sociedades indígenas, cercano al periodo de contacto indo-ibérico, eran protagonistas de cambios significativos en sus historias. Se negociaban y reconfiguraban las fronteras geopolíticas desde entonces y, de hecho, no todo fue el producto de la interacción entre "nobles salva-

Al menos en Puerto Rico: 6,000 años de gestación y consolidación de nuestra identidad puertorriqueña



jes” al modo Rousseauiano de la Francia post-Ilustración.

Estoy muy consciente de lo difícil que es des-arrraigarnos de la imagen que nos enseñaron de los indios Taínos y de lo que implica su atribuido carácter hospitalario y bondadoso en el marco de nuestra a veces confusa identidad puertorriqueña. Reniel nos invita a todos y a todas, en su libro, a entender al Taíno, o a la tainidad más bien, en sus propios términos, dentro de su propia historicidad que ahora es más clara y realista. No hay que verlos como un grupo étnico concreto porque la realidad es que nunca existieron como tal. No hay que describirlos como buenos, en contraposición a los indios caribes, porque estos últimos fueron adjetivados indiscriminadamente a la inversa como nos lo ha mostrado el doctor Jalil Sued Badillo en muchas ocasiones: como los “malos” a quienes se les podía esclavizar o aniquilar. Rebasemos entonces, para hacerle justicia a nuestros antepasados precoloniales, la cómoda idea de verlos como gente pasiva, hospitalaria y buena para verlos como lo que realmente fueron: como un conjunto de culturas diversas y convergentes; como un conjunto de culturas activas y dinámicas interactuando con otros y junto a otros en un circuito de interacciones pan-Caribeño; como un conjunto de culturas cambiantes que en sus procesos de formación negociaron y disputaron dis-

cursos, símbolos y cosmovisiones que hoy nosotros conocemos como el mundo Taíno. Veamos al Taíno, a la “tainidad” construida durante miles de años antes de la irrupción europea a lo largo y ancho de muchas islas antillanas, como una entidad compleja, variada y fluida que aún hoy nos alcanza y nunca olvidemos, que ya nos lo ha recordado recientemente nuestro amigo el rector Miguel Rodríguez, que el llamado aborigen, el indio en Boriquén y en otras islas, nunca aceptó ni dio la bienvenida al agente invasor como nos lo ha querido vender el establishment arqueológico.

Y he aquí, a mi modo de ver, la contribución trascendental del libro de Reniel. Nos ofrece con gran cantidad de información nítidamente hilvanada, una historia precolonial puertorriqueña liberadora, una historia esperanzadora, incluyente y abierta, aunque en continua construcción. Reniel y este libro son el producto de su propio contexto histórico y debe quedar claro que en cada oración, entre cada palabra puesta en el libro se encuentra la propia especificidad del autor, su momento y sus circunstancias; su esposa Mael, sus hijos Darío y Camila, su mamá doña Sandra y sus hermanos, así como otros seres queridos y colegas que son parte integral de este magnífico trabajo. Está también, entre cada oración y al interior de ellas, el Puerto Rico que nos ha tocado vivir y el Puerto Rico al que aspiramos, al menos, algunos de no-

sotros y nosotras. Creo que todo lo anterior es un atisbo de lo que yo interpreto como el contexto sociopolítico en el cual Reniel produjo su libro. Espero entonces haber plasmado, al menos de manera implícita, algunos de los escenarios en los cuales se han producido conocimientos en la arqueología de Puerto Rico y las Antillas. Reniel produjo sus investigaciones y su libro porque era su interés y también su deber, consigo mismo y con Puerto Rico. Lo hizo con la mayor responsabilidad y honestidad posible resguardando siempre todos aquellos elementos rigurosos que definen lo que es la arqueología como campo científico y académico. Espero también que se observe, con la lectura que ustedes hagan de su libro, para qué fines él y otros que nos precedieron han producido conocimientos sobre nuestra propia identidad, pero desde la arqueología. Más que un ejercicio académico, que indudablemente este libro lo ha sido para Reniel, la arqueología que él practica y ejerce es también una búsqueda de respuestas a lo que desde antaño nos ha fascinado a todos los seres humanos: conocer quiénes hemos sido, pero eso sí, ahora desde nuestras propias experiencias, sin que otros entes lejanos y externos nos quieran decir quiénes y cómo fuimos.

Termino ya esta exposición —y disculpen el tiempo que les he tomado— citando a un pensador de la ciencia quien en el año 1962 describiría el momento del desarrollo científico que casualmente vive ahora mismo, o más bien desde hace ya algún tiempo, la arqueología caribeña:

“La ciencia normal, la actividad en que la mayoría de los científicos emplean inevitablemente casi todo su tiempo, se asienta en el supuesto de que la comunidad científica sabe cómo es el mundo [de ahí el por qué se crean paradigmas o explicaciones del mundo desde las ciencias]. Gran parte del éxito de la empresa deriva de la disposición de la comunidad a defender dicha suposición, pagando por ello un considerable precio si fuera necesario. Así, por ejemplo, es frecuente que la ciencia normal suprima novedades fundamentales porque necesariamente son subversivas en lo que respecta a sus compromisos básicos. No obstante, en la medida en que esos compromisos man-

tienen un elemento de arbitrariedad, la naturaleza misma de la investigación normal asegura que la novedad no pueda ser suprimida durante mucho tiempo. En ocasiones, un problema normal, esto es, un problema que habría de resolverse mediante reglas y procedimientos conocidos, resiste el reiterado asalto de los miembros más capaces del grupo bajo cuya responsabilidad cae (...). De esta y otras maneras similares, la ciencia normal [o el paradigma] se extravía una y otra vez, y cuando ello ocurre, esto es, cuando la profesión ya no puede hurtarse durante más tiempo a las anomalías que subvierten la tradición corriente de la práctica científica, entonces comienzan las investigaciones extraordinarias que finalmente llevan a la profesión a un nuevo conjunto de compromisos, a una nueva base sobre la cual practicar la ciencia” (Kuhn 1962).

Los episodios extraordinarios en los cuales se producen estos cambios son los que el doctor Thomas Samuel Kuhn, a quien acabo de citar, denominó asertivamente como “las revoluciones científicas” en su obra intitulada *“La estructura de las revoluciones científicas”*. Nosotros los puertorriqueños, todos nosotros los antillanos, estamos ahora mismo viviendo una de esas revoluciones científicas en la arqueología de la región caribeña y el trabajo de Reniel, más el eco de estas investigaciones extraordinarias que iniciaron claramente a finales de la década de 1970 en un reducido espacio de la UPR, retumban rítmicamente a través de todas las Antillas, y también en Estados Unidos y en Europa. Ahora sí somos agentes protagónicos en la escritura de nuestra propia historia precolonial, aunque obviamente, y distinto al *establishment* arqueológico, sin ser excluyentes.

Muchas gracias por su atención y adelante, los invito a disfrutar este magnífico libro de mi amigo, de mi hermano, Reniel Rodríguez Ramos.

Datos técnicos de la obra:

1) Serie: *Caribbean Archaeology and Ethnohistory Series*, L. Antonio Curet (editor).

- 2) Editorial: University of Alabama Press, Tuscaloosa.
- 3) Año de publicación: 2010.
- 4) Número total de páginas: 267.

- 5) Estructura: tabla de contenido, lista de ilustraciones, agradecimientos, ocho capítulos, lista de referencias e índice.